

### **Franco Volpi, *Heidegger y Aristóteles*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2012, 209 pp.**

---

Felipe Fuentealba Rivas\*

Aunque original de 1984, sólo el año recién pasado se editó en español *Heidegger y Aristóteles*, importante y original estudio del filósofo italiano Franco Volpi (1952-2009), quien sostiene que la influencia de Aristóteles en la filosofía de Heidegger va mucho más allá de lo habitualmente reconocido. Volpi opina que las reflexiones heideggerianas sobre la verdad, el sujeto y la temporalidad se explican a partir de su estudio crítico de la filosofía Aristotélica, en especial de su filosofía práctica, y que sólo gracias a ella le fue posible hallar una alternativa a la fenomenología de Husserl cuyo teorismo e indeterminación del sujeto fundante no le satisfacían.

La exposición de los temas en el libro es cronológica. Se inicia con una investigación de la presencia de Aristóteles en los años de formación de Heidegger, en los cuáles aquella se encuentra mediada por las interpretaciones de Brentano y de Carl Braig. Posteriormente, Volpi se detiene largamente en la década de 1920, época en la que, a su juicio, la influencia de Aristóteles alcanza su punto más alto; y concluye con una exposición de la postura de Heidegger hacia Aristóteles en su periodo posterior a la “vuelta”.

El primer capítulo describe la importancia que tuvo en el joven Heidegger el estudio de *Sobre los múltiples sentidos del ente en Aristóteles* de Brentano. Se trata de un asunto bastante conocido por los iniciados en la filosofía de Heidegger. Volpi explica las ideas fundamentales de Brentano, para quien la doctrina de Aristóteles sería principalmente una doctrina de la sustancia, la primera de las categorías, y la que otorga unidad a la multiplicidad de sus significados.

De acuerdo a Volpi, de modo paralelo al estudio de Brentano, Heidegger llevó a cabo una acuciosa lectura de *Von Sein. Abriss der Ontologie*

\* Profesor de Filosofía. Programa Magister de Filosofía de la Universidad de Concepción. E-Mail: fefuentealba@udec.cl

del teólogo Carl Braig, a cuyas clases asistió entre los años 1910 y 1911. De tradición aristotélico-tomista, Braig, como Brentano, se pregunta por los diversos significados del ser. Acepta su diversidad pero afirma que sí hay una unidad en ellos: el orden analógico. La determinación fundamental del ser sería el ser-uno en el ser-distinto. Por otra parte, Volpi especula, quizás con precipitación, que Heidegger habría tomado de Braig su interés por el origen histórico de los conceptos filosóficos puesto que el teólogo culminaba cada capítulo de su libro con una reconstrucción etimológica de las palabras utilizadas.

Si bien el estudio de Brentano y Braig familiarizaron a Heidegger con la ontología aristotélica, el momento de mayor acercamiento se habría producido en la década de 1920, cuando, insatisfecho de la fenomenología de Husserl, Heidegger se vuelca a Aristóteles en busca de respuestas. Volpi escribe que: “Heidegger se remite a Aristóteles para encontrar las determinaciones fundamentales de la vida humana como una alternativa a los planteos teoristas de Husserl” (p. 100). Los capítulos más extensos del libro y, a mi juicio, los de mayor interés, son aquellos en los que se explica el paulatino abandono de la fenomenología por parte de Heidegger, y su redescubrimiento de la filosofía aristotélica.

Volpi se apoya en las lecciones universitarias de Heidegger previas y paralelas a *Ser y Tiempo* (especialmente las lecciones de 1925-26 publicadas como *Lógica. La pregunta por la verdad*, y las de 1927 tituladas *Los problemas fundamentales de la fenomenología*) y elige tres conceptos fundamentalmente heideggerianos: la verdad, la naturaleza del sujeto, y la temporalidad, para probar la influencia de Aristóteles.

En primer lugar, asegura que Heidegger arribó a su conocida noción de verdad como *alétheia* a partir de una revisión del concepto de *lógos* tal como Aristóteles lo presenta en *De Anima* y en el primer capítulo de *De Interpretatione*. En rigor, el impulso inicial lo habría hallado antes, en el descubrimiento husserliano de que no sólo los actos predicativos pueden ser identificados, y por lo tanto, tener carácter de verdad, sino que también los “actos simples”, como la percepción (p. 78). Para Heidegger, Husserl, sin saberlo, habría retornado al concepto de verdad que tenían los griegos, el cual se puede pesquisar en una correcta interpretación de la palabra *alétheia*. Para los griegos, una percepción habría sido ya una evidencia verdadera. En este sentido, Heidegger lleva a cabo una reinterpretación del concepto de *lógos*. Entiende el *lógos* no sólo como *apóphansis*, es decir, no sólo como un juicio que puede ser verdadero o falso, que es la interpretación habitual. Para Heidegger el *lógos*, más bien, caracteriza la actitud “descubriente” del ser humano hacia los entes, lle-

vada a cabo fundamentalmente en los “actos simples”. *Lógos*, luego, es un fenómeno previo al juicio y, además, siempre verdadero (Heidegger lo vincula con la afirmación aristotélica de que el alma es en la verdad). Con esto Heidegger refuta que el enunciado sea el lugar originario de la verdad. La verdad está ya en un momento previo, antepredicativo, y en el cual se produce la constitución de sentido. Hay ser, por lo tanto, antes de la formulación del juicio, lo cual, según Heidegger, Aristóteles ya habría comprendido.

Volpi es preciso en su explicación, aunque su vinculación con Aristóteles, en este aspecto, dista de ser un hallazgo. Se limita a constatar, si bien con suma claridad, lo que se explica en las lecciones de Heidegger, que a su vez elucidan con mayor detenimiento lo que ya está en *Ser y Tiempo* (véase §7, y especialmente §44).

Sí constituye un hallazgo su hipótesis de que Heidegger habría basado su célebre identificación de los modos fundamentales en que la realidad se le da al hombre, en una particular interpretación de la *Ética a Nicómaco* (p. 93). Aristóteles sostiene que el ser humano puede comportarse con los entes mediante la razón (*theoría*), mediante una actitud práctico-moral (*praxis*), y mediante una actitud práctico-técnica (*póiesis*). Heidegger habría reinterpretado aquellas determinaciones aristotélicas como ser-ante-los-ojos (*Vorhandenheit*), Dasein, y ser-a-la-mano (*Zuhandenheit*) respectivamente (p. 92). La diferencia estriba en que Heidegger les otorga un carácter ontológico, y además modifica su jerarquía. Mientras que en Aristóteles la actividad fundamental es la *theoría*, en Heidegger lo es la actitud práctica cotidiana del Dasein.

Volpi dedica la mayor parte del libro a desarrollar esta propuesta, a la vez plausible y original. Además, no se limita a argumentar al respecto, sino que ofrece amables aclaraciones de los conceptos heideggerianos involucrados. Me parece sí, que es menos convincente cuando intenta extender la analogía a otras nociones, como por ejemplo, cuando especula que la *phrónesis* habría sido reinterpretada en *Ser y Tiempo* como la conciencia (*Gewissen*). Recurre a un testimonio de Gadamer, quien refiere una ocasión en la que Heidegger habría sugerido que *phrónesis* podría ser traducida como *conciencia*, pero eso no prueba que estuviera pensando en ella al redactar *Ser y Tiempo*. Algo similar ocurre cuando intenta asimilar la *Sorge* heideggeriana con la *órexis* (deseo, impulso). Las pocas páginas dedicadas a la relación de estos últimos conceptos sólo acentúan la sensación de titubeo que suscitan. .

En la siguiente sección, Volpi intenta demostrar que, en sus líneas fundamentales, detrás del concepto heideggeriano de temporalidad

dad también se encuentra una discusión con Aristóteles. En Física IV, Aristóteles afirma que el tiempo es el número del movimiento según el antes y el después (p. 125). Volpi examina las distintas variantes del argumento así como sus posibles consecuencias hasta develar la tautología que contiene y que Heidegger habría detectado. Si el tiempo es el número del movimiento según el antes y el después, luego, hay un tiempo distinto y más originario al tiempo que se quiere definir. Pero no sólo eso, la determinación del número de movimientos implica la existencia de algo que numere. Heidegger lo resuelve afirmando que es el alma el que numera, y que posee una temporalidad originaria distinta al tiempo natural corriente. “La primera fuente de la experiencia del tiempo es la estructura misma del alma, de la vida humana” (p. 135). A partir de este descubrimiento Heidegger construye la estructura de la temporalidad tal como se expone en *Ser y Tiempo*. Allí concluye que la dimensión temporal determinante del Dasein es el futuro, lo cual le permite apartarse del dominio del tiempo presente en la tradición metafísica occidental.

El capítulo final del libro analiza la presencia de Aristóteles en el Heidegger posterior a la “vuelta”. Volpi constata la opinión común de acuerdo a la cual, a partir de 1930, la única vez que Heidegger se refiere de modo explícito a Aristóteles, es en el ensayo de 1939 titulado “Acerca de la esencia y del concepto de *physis*. Aristóteles, Física B, 1”. Volpi se limita a explicar tal ensayo y a situarlo dentro de la nueva intención filosófica de Heidegger, quien, en lugar de intentar una fundamentación radical de la ontología, como pretendía *Ser y Tiempo*, busca un modo de apartarse de las grandes tradiciones filosóficas y dejar atrás la metafísica. Aun así, en las últimas páginas, y casi a modo de recapitulación, Volpi propone la existencia de una continuidad de la influencia de Aristóteles en Heidegger. En sus estudios del concepto de verdad de la década de 1920, Heidegger descubrió que en la *alétheia*, tal como era entendida por los griegos, subyace una interpretación del ser como “presencia constante” (181). El *descubrir* el ente por parte del Dasein es, en rigor, traerlo a la presencia. La constitución de sentido, la verdad, el ser, se entienden como lo presente. La consecuencia radical de esta comprensión subyacente, la encuentra Heidegger en la interpretación aristotélica del ser como *enérgeia*. La *enérgeia* sería la máxima realización de la presencia. De acuerdo a Volpi, al llegar a este punto, Heidegger se vio obligado a pensar lo que está antes de la *enérgeia*, su fuente unitaria (p. 182), aquello que posibilita toda interpretación del ser. Y concluye que esa fuente unitaria es la *physis*. La experiencia griega anterior a la metafísica habría experimentado el ser como *physis*. El desarrollo de la filosofía de la

presencia no ha sido más que el olvido de la *physis*, y sólo a raíz de ese olvido pudo Aristóteles entender el ser como *enérgeia*. Por lo tanto, para Volpi, la influencia directa de Aristóteles sobre Heidegger se inicia en la década de 1929 con la reinterpretación de la idea de verdad y su relación con el ser, y culmina con el ensayo sobre la *physis* de 1939.

Como he afirmado, considero que la propuesta más interesante de Volpi es aquella que sostiene que Heidegger resignificó ontológicamente en *Ser y Tiempo* las determinaciones de las actividades del ser humano propuestas en la filosofía práctica de *Aristóteles*. Se trata de una hipótesis avezada y original, a diferencia del resto de las propuestas que, si bien importantes, son más bien conclusiones extraídas de diversas fuentes del propio Heidegger. Es preciso, eso sí, destacar la claridad de Volpi al explicar a Heidegger y agradecer su resistencia al hechizo del lenguaje heideggeriano. Explicar a Heidegger escribiendo como Heidegger no puede considerarse una explicación.

Volpi redactó este libro en su juventud. Su admiración por Heidegger lo condujo, primero, al estudio de Brentano y, posteriormente, a Aristóteles, momento en el cual surgió en él la idea de este libro. En el transcurso de sus años, no obstante, y tal como señala Enrico Berti en el prólogo, Volpi se fue alejando cada vez más de Heidegger, especialmente de su etapa posterior a la “vuelta” (llegó a acusarlo de haberse hundido en el mar del Ser), a la vez que se acercaba a Aristóteles. Si bien esto es sólo una anécdota que de ningún modo afecta el contenido del libro, me parece que permite ampliar su lectura y considerarlo no sólo un profundo estudio sobre Heidegger (que lo es), sino también una prueba de la vigencia de Aristóteles. Creo que algo semejante pensaba Volpi cuando escribió que “el pensamiento heideggeriano representa un *punto denso* de la presencia de Aristóteles en nuestro siglo” (p. 195).